

E. MIRET MAGDA LENA

LEO el último libro del profesor marxista Roger Garaudy. Se llama "La alternativa"; el subtítulo es bien expresivo de una corriente nueva en el campo de las ideas transformadoras de la sociedad: "Cambiar el mundo y la vida" es lo que pretende él y lo que pretendemos los creyentes que somos posconcienciares.

Lo mismo que expone en un excelente artículo —no por breve menos acertado— René Macaire en el periódico católico Le Croix. Un creyente partidario de la mística de la no-violencia.

Garaudy ha pensado mucho en su propia experiencia de militante comunista estando hoy fuera del partido. Ha mirado con perspicaces ojos las experiencias sociales del Este. Y ha llegado, por otros motivos intelectuales y prácticos, a la misma postura del creyente René Macaire.

El peligro más grande de una socialización generalizada es "la burocratización del sistema", según Garaudy. "La apropiación colectiva de los medios de producción sin la autogestión desemboca en un estatismo planificador, en el cual el hombre queda reducido a ser un simple engranaje mecánico, perdiendo su iniciativa, su autonomía y su libertad", dice el creyente del periódico Le Croix.

"No hay socialismo verdadero nada más que si los trabajadores dirigen ellos mismos su empresa", afirma Garaudy. Y añade el creyente: "Para que la apropiación de los medios de producción no se vuelva contra el hombre, hace falta la autogestión", que consiste en que "las unidades de producción no sean ya de tipo jerárquico, sino participativo... pudiendo tomar parte tanto en la organización del trabajo como en la elaboración de las metas a alcanzar".

Ahí está lanzado el reto a esta civilización occidental aparentemente cristiana, pero en realidad nada fraternal, porque preferentemente ha atendido a los factores de autoridad, jerarquía y orden externo, procurando envolverlos con la engañosa palabra de democracia. El camino es distinto del que se ha pretendido hasta ahora en buena parte en Occidente, y en gran parte también de la otra mitad del mundo civilizado, la del Este. Porque nosotros —en el Oeste— hemos pretendido una falaz libertad "dejando tranquilo al hombre pequeño-burgués, con lo cual permanece la egoísta opresión del hombre por el hombre", como dice René Macaire. Y ellos, por su parte, "han impuesto la justicia sustituyendo la opresión por una vigilancia que resulta angustiada al ser humano".

La conclusión es clara, según el creyente: "La apropiación colectiva de los medios de producción y la autogestión son necesarias, pero no resultan suficientes ni satisfactorias porque no bastan para engendrar un socialismo de aspecto humano". Se precisa algo más. No podemos quedarnos ni en el egoísta y socialmente ineficaz cambio de los individuos —que tanto han predicado los dirigentes religiosos—, ni tampoco en el sólo cambio de las estructuras externas. Las dos cosas son necesarias: el cambio de estructuras y el cambio de los individuos. La "metanoia" que pide el Evangelio es una conversión total. No sólo una conversión interior o simplemente intelectual. Es un cambio radical del

hombre como individuo y como ser social. Si el hombre no es sólo una persona enclaustrada en sí mismo, sino un "animal social", entonces el cambio del hombre ha de abarcar lo interior y lo exterior, lo individual y lo social, lo inmanente y lo trascendente. No se puede quedar en uno sólo de los extremos de la cadena, tiene que abarcarla toda ella completamente.

Lo que es incongruente es perder la dialéctica de los dos extremos, elegir uno solo de ellos. Lo que hace falta es predicar y realizar la cara olvidada de esta "metanoia" (de esta "revolución" pacífica necesaria, diríamos con palabra más actual). No podemos ni un día más engañarnos con los automatismos ingeniosos que predicán al final de ellos la felicidad. Ni tampoco creer en un moralismo ineficaz de palabras que quieren arreglar lo que no tiene arreglo con amables emplastos de palabrería virtuosa. No se puede ser socialista si le sigue

POR UN SOCIALISMO MAS HUMANO

a uno gustando ser burgués: "No se puede seguir teniendo afición y satisfacción en los valores de la vida pequeño-burguesa que centran al hombre en sí mismo, porque estos valores son: su prestigio individual, su nivel de vida egoísta, su promoción egocéntrica, su dinero propio, que son incoherentes con los valores necesarios para la construcción del socialismo" (René Macaire).

Se impone una educación en nuevas virtudes humanas, en nuevos valores de felicidad para el hombre. Los valores occidentales usuales, centrados en uno mismo, ya no son aptos para la creación de un socialismo verdaderamente humano. La distensión como ideal superador de la tensión actual, el contacto humano como valor contrario al actual combate competitivo, la contemplación desprendida como virtud opuesta a la posesión egocéntrica, son algunos de estos bienes que el espíritu humano debe vivir, en contraposición a los que actualmente está viviendo. Y debemos hacerlo porque el mundo actual, con su civilización moderna, lleva a resultados preocupantes para el futuro humano: todo parece indicar que estamos entrando en un callejón sin salida.

"El frenesí de dominar la Naturaleza para gozar de ella al máximo, nos lleva a verdaderos callejones sin salida: la esclavitud de una mayoría a la máquina, el agotamiento de los recursos naturales para beneficio de unos pocos, la polución, cada vez más inquietante, y la guerra potencial entre los beneficiarios de este frenesí y de los países que los disfrutaban" (René Macaire).

¿Qué es entonces lo que nos hace falta hacer? Un cambio radical en los valores humanos que vive y anhela el hombre actual. Y esto "no es sólo un asunto de estructuras, sino de civilización" (René Macaire).

Igual que dice Garaudy con estas palabras: "Esta organización de la cooperación humana es imposible sin una verdadera revolución cultural". Hay que buscar un nuevo tipo de felicidad menos neurótico que el afán cuantitativo de consumir cuanto más mejor y educar en unos valores más humanos. No podemos seguir siendo los autómatas de la propaganda del consumo por el consumo, de la producción por la producción. Se hace necesario un alto en el camino para reconsiderar nuestra meta y saber adoptar una decisión humana responsable y profunda de cara a nuestro futuro desarrollo de hombres.

Y una vez hecho esto necesitamos "una doctrina, una mística y un tipo de acción" (René Macaire) que favorezca sin violencias, sino pacíficamente, la realización de este hombre nuevo y de esta sociedad nueva. Porque no queremos ya una sociedad que sea un conglomerado de egoísmos que nos conducen a un fin trágico, como el que vemos surgir con los problemas de la contaminación, el ruido, la tensión nerviosa y la violencia agresiva que está desatándose en todos los campos humanos, a pesar de la predicación de buenas palabras que seguimos oyendo todavía como música de fondo.

Ni tampoco queremos, en lo posible, una socialización que pretenda la justicia ahogando la libertad. Preferimos que justicia y libertad estén unidas.

Todo ello requiere algo más que la coacción. Necesita de nuevas ideas, nuevos sentimientos y nuevos deseos: precisa de una previa revolución cultural en el hombre y en los hombres.

Jesús, en el siglo I, la comenzó, sin verse amparado casi nunca por sus seguidores de entonces, ni de después, ni de ahora. Pero en nuestros dos últimos siglos aparecieron decididos defensores pacíficos de esta pretensión, que unas veces cayeron en el olvido, otras son objeto de desprecio y en ocasiones empiezan a ser considerados —tras el fracaso de lo que vemos en el mundo de hoy— como luces precursoras de lo que aquí se dice: el católico independiente Tomás Moro, el utópico Proudhon, el novelista William Morris, el pacífico Gandhi, el negro Lutero King, el discutido psicólogo Skinner, el bondadoso doctor Schweitzer, el orientalista Lanza del Vasto y otros muchos son los profetas que aparecieron como ingenuos y que hoy empezamos a considerar como los únicos capaces de inspirar una nueva vida, unos nuevos motivos para vivir y unas nuevas metas para el porvenir del hombre y de la sociedad.

Los creyentes y los hombres conscientes hemos de tener la valentía de romper con el círculo de motivos egocéntricos que nos envuelven y empezar a dar ejemplo de otros criterios para nuestras vidas en el negocio, la profesión, la diversión y el estudio, que hiciera ver a todos, por medio de hechos, que la clave transformadora es "la intrusión de las necesidades de todos los demás en la vida de cada uno". Y si esto es utopía, en buena hora que la intentemos cuando todo lo demás no lleva a ningún lugar ni hay esperanza de que en el porvenir lo consiga.